El estilo de Sánchez se nutre de elementos de la tradición y un modernismo ecléctico y delicado. Su música tiene vigor pero no es nunca estridente, vinculada de alguna manera a la guitarra de salón, pero con una propuesta suficientemente interesante. Sin duda, un repertorio de alto nivel. Mientras los arpegios de *Chiloética,* parecen dar una mirada nostálgica a través de un prisma *new age*, su *Tonada por despedida* confirma ser una pieza que por sí sola resume el estilo esencial del compositor, donde se combina lo chileno con la academia y el modernismo, en una mezcla depurada y equilibrada.

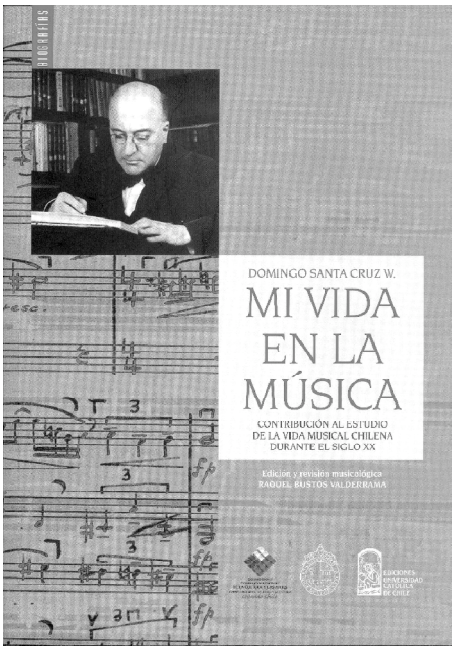
La *Sonata* rinde tributo a Violeta Parra. Sus cuatro movimientos están impregnados del perfume musical de nuestra insigne cantautora, sin que dejen de ser originales. De ritmo cuequero sus movimientos 1 y 3, "Misterioso" y "Rápido súbito", tranquilo el segundo, "Dulce", como una tonada lenta, y vigoroso el cuarto y último, "Final", de atmósfera juguetona, su tratamiento armónico hace referencia a la afinación "traspuesta" que empleaba la insigne cantautora, especialmente en sus *Anticuecas*.

Son precisamente las *Anticuecas* números 1 a 5, de Violeta Parra las que constituyen el corazón de este registro. Aunque no fueron elaboradas como música escrita en partitura, sino concebidas como fruto de la improvisación, son notables aportes al repertorio chileno de la guitarra solística, por su originalidad, espíritu innovador e ingenio. De alguna manera podrían tener una relación con la "antipoesía" del hermano de Violeta, Nicanor Parra.

A lo largo de todo el disco, José Antonio Escobar deslumbra con su gran capacidad expresiva y su técnica extraordinaria, que le permite poner los colores adecuados a cada una de las escenas musicales. Sin lugar a dudas, Escobar es uno de los más notables guitarristas de la actualidad en el circuito internacional, sobrepasando largamente las dimensiones de un reconocimiento local.

El disco trae interesantes notas escritas por el musicólogo de la Universidad Católica Dr. Juan Pablo González y presenta en su carátula la famosa pintura *La Zamacueca* de Manuel Antonio Caro (1835-1903) del Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago. Es una grabación inmensamente disfrutable, que recomiendo efusivamente. El disco puede ser solicitado a Guitarra Viva: *www.guitarraviva.cl*

Oscar Ohlsen
Instituto de Música
Pontificia Universidad Católica de Chile



Domingo Santa Cruz W. 2008. *Mi vida en la Música. Contribución al estudio de la vida musical Chilena durante el siglo XX*. Edición y revisión musicológica: Raquel Bustos Valderrama. Santiago: Ediciones de la Universidad Católica de Chile.

Por fin, luego de 20 años de espera se publicó esta monumental obra de Domingo Santa Cruz, que contó con él apoyo del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura. Monumental desde todo punto de vista: por su contenido, su extensión (1.000 páginas) y también por la edición y revisión musicológica, encomendada por el propio autor a la musicóloga Raquel Bustos Valderrama.

Aunque el extenso título puede sugerir una autobiografía, su lectura convence que el discurso certeramente se ajusta al género de la memoria, tal como fue la intención de Santa Cruz al iniciar esta empresa en 1969, cuando alcanzó "la respetable edad de setenta años", como él mismo se encargó de dejar constancia al comienzo de la Introducción. Escrito en primera persona, en un lenguaje siempre directo y categórico -característico en él-, estas "Memorias" -así identificadas por quienes conocieron su versión inédita en copias mecanografiadas-, son al mismo tiempo testimonio y fuente de un pasado histórico que abarca poco más de cincuenta años que, me atrevo a afirmar, estuvieron marcados por la acción del propio Santa Cruz.

Ahondar sobre la labor y contribución de su autor a nuestro medio escapa a los propósito de este comentario, ya que, por cierto, queda clara en las diferentes secciones del libro, pero sí es oportuno hacer notar una de las facetas que lo distinguió: la de hábil y también fértil escritor.

Con una vasta producción literaria, publicada en distintos medios (ver listado selectivo de quien suscribe en *Revista Musical Chilena,* XLI/167, enero-junio, 1987, pp. 16-21 o en *Anales de la Universidad de Chile,* Quinta Serie Nº 11, agosto 1986, publicado en 1987, pp. 46-54) la obra deja en evidencia cómo adquirió la amplia formación humanista que lo condujo a ser un ávido lector, atento observador y agudo crítico. Estos rasgos, unidos a una memoria privilegiada, una mente organizada y un tenaz afán por preservar y registrar cuanto documentos cayera o estuviera en sus manos, le permitieron penetrar desde su juventud, con propiedad y una fluida pluma, en el mundo de una escritura que, sin duda, da cuenta de su alma de musicólogo. En consecuencia, *Mi vida en la Música* no sólo refleja los diversos temas que abordó en los más de 100 artículos informativos, analíticos o polémicos de su autoría, sino que también ahora, desde una perspectiva más global, éstos admiten ser actualizados a la luz de la lectura de la obra.

La estructura del libro respeta el original, dividido en dos volúmenes que corresponden a etapas bien definidas tanto de la vida personal como de la gestión institucional de Santa Cruz. El primero, encabezado por los "Apuntes biográficos", traslada al lector a los años de infancia y juventud, al entorno familiar y social, a las vicisitudes de la vida escolar y los primeros pasos en la música, a la decisión de estudiar leyes, la formación de la Sociedad Bach, el ingreso a la vida diplomática, la permanencia en París y otros lugares del viejo continente, los estudios con Conrado el Campo en España y su noviazgo y matrimonio con Wanda Morla Lynch. La segunda parte está dedicada casi exclusivamente a la acción pública la Sociedad antes mencionada, materia de público conocimiento, en parte comunicada por el propio autor en el extenso artículo publicado en la edición de verano de 1950-1951 en *Revista Musical Chilena* (VI/40, pp. 8-62). Se suma el testimonio de la inesperada y prematura viudez y, como él mismo señala, su "estreno" como compositor, pese a que ya contaba con tempranos *opus* además de la primera audición de un *Te Deum* (2 de agosto de 1919), obra encargada con motivo de la bendición del templo nuevo de San Alfonso, sede de los Padres Redentoristas. Este volumen se cierra con el histórico periodo 1929-1933,

época de profundas reformas en las artes, que culminó con la incorporación de éstas a la Universidad de Chile.

Lugares como su querido fundo de Pochocay, la casa materna o rincones y ciudades de Europa, amistades que duraron toda la vida -y otras no tanto-, libros y partituras de su interés, profesores y músicos, se entremezclan en un relato que, sin evadir el humor y la nostalgia, ofrece los episodios más íntimos del texto. Más adelante, éstos últimos se presentan escuetos, medidos en emocionalidad y también más espaciados por el marcado acento en el relato del proceso institucional -minucioso en pormenores- del cual fue partícipe.

El segundo volumen abarca desde 1934 a 1953 y, como se dijo, tiene un sello esencialmente institucional, en concordancia con las funciones directivas que Santa Cruz ejerció en su calidad de decano, entre otros cargos. Aborda la Facultad de Bellas Artes y la compleja inserción de las artes plásticas -así llamadas entonces- y la música en el quehacer universitario, la génesis del fundacional proyecto de creación del Instituto de Extensión Musical (1940), su puesta en marcha y logros; la división de la Facultad de Bellas Artes y, su fruto, la nueva Facultad de Ciencias y Artes Musicales, para cerrar con la actividad internacional que le cupo realizar a Santa Cruz a nombre de dicha Facultad y que se extendió por dos años (1953 y 1954). En este volumen las secciones dedicadas a su creación en general son acotadas y casi literalmente corresponden a un verdadero "paréntesis personal", como suele denominarlas. El "Epílogo", encontrado hace poco tiempo por su hijo - según informa R. Bustos en la "Presentación"-, y por lo tanto ausente en la versión inédita, resume su gestión y participación con cargos honoríficos en distintos organismos musicales extranjeros, para finalizar con escuetas palabras sobre su última labor frente al decanato en la Facultad de Ciencias y Artes Musicales durante dos periodos, 1962-1968.

Arbitrario resulta extenderse en particularidades de contenido de capítulos: la información es enorme y difícilmente reducible a los límites de este espacio. Casi no hay materias que haya dejado olvidada. A través de sus páginas, y siempre en directa relación con un amplio marco histórico y cultural, por ejemplo, es posible seguir la trayectoria de problemáticas y proyectos vinculados a la formación musical, incluyendo el ámbito escolar, la difusión de la música, los medios de comunicación, las empresas editoriales, los conciertos, las organizaciones y sociedades musicales, las políticas de apoyo y estímulo a la creación, la internacionalización de la música chilena, el fomento a la investigación, además de la participación y aporte individual de intérpretes, compositores, profesores, investigadores e incluso políticos al complejo engranaje musical. En definitiva, en el libro se confirma un acertado comentario efectuado en una oportunidad, y al pasar, por el maestro Fernando García, cuando al referirse a la vida musical chilena señaló que "es un monstruito monumental", que involucra a muchas personas, desde el músico hasta el vendedor de discos o de entradas al teatro ("Visiones. 30 años de música en Chile", *Resonancias*, Nº12 (mayo), 2003, p. 13). En efecto, a lo largo de las páginas de *Mi vida en la Música* transitan varios centenares de personas, desde presidentes de la República, ministros de Estado, autoridades universitarias, miembros de la nobleza europea, literatos y artistas o músicos nacionales y extranjeros, hasta obras paradigmáticas de repertorio -europeo y nacional-, acontecimientos históricos de repercusión mundial y local, o tensiones internas y externas que afectaron al medio musical chileno -entre otros tantos asuntos-, todos integrados y relacionados perfecta y

orgánicamente en un relato que da cuenta de los diversos y a veces insospechados hilos que cruzan la vida musical chilena.

El fino trabajo de edición de la musicóloga Raquel Bustos Valderrama permite leer el texto con notable fluidez, pese a la abundante información que, en principio, podría interesar más bien al musicólogo. En este plano, es un libro rico en fuentes, citadas y revisadas toda vez que es posible con cuidadoso esmero. Cabe recordar que se trata de una *Contribución al estudio de la vida musical chilena durante el siglo XX*, razón por la cual Santa Cruz, aparte de activar su memoria para plasmar de modo exhaustivo acontecimientos y actores del hacer musical y artístico, también desempolvó numerosa documentación personal y de archivos públicos. Por lo tanto, es prolífico en pruebas o evidencias avaladas por "datos duros" -fechas y programas de conciertos, nóminas de personas, cifras, bibliografía, etc.-, o bien en extensa información adicional que complementa el tema tratado. Este valioso material, que en el original con frecuencia se encuentra integrado al discurso -a veces a modo de dilatadas "interpolaciones"-, en un acertado criterio de edición, en ocasiones se transformó en notas a pie de página, conjugando así la intención del autor con la identidad del texto, por una parte, y facilitando la lectura, por otra.

También es producto del trabajo de Raquel Bustos la incorporación de una adecuada y excelente selección de fotografías que cierra cada uno de los volúmenes y los anexos que completan el libro: abreviaturas y siglas utilizadas; una cronología de diplomas, medallas y premios obtenidos entre 1921 y 1986; y cargos, distinciones y funciones entre 1953 y 1985. A ellos se suman las fuentes, hemerografía, bibliografía, discografía y un grueso y útil índice de nombres, que consigna aquellos más vinculados a Santa Cruz.

Mi vida en la Música es un texto para digerir lentamente; el estudioso no permanecerá indiferente ni por el contenido ni por la propuesta de edición. El autor se revela, aunque con cierto pudor, en su faceta más personal -hijo, esposo, padre, amigo y compositor-, pero al mismo tiempo deja al descubierto al intelectual, al gestor y hábil legislador y al político. No se limita sólo a narrar, sino que comenta, evalúa y es consecuente con sus planteamientos de principio a fin. Entre otros beneficios futuros, su legado permitirá cotejar datos, recuperar figuras y (o) acontecimientos, ponderar y contrastar puntos de vista y, por qué no, también discutirlos. Sin embargo, quizás uno de los aportes más significativos reside en que la nutrida información proporcionada abre puertas a la generación de nuevos conocimientos y, en especial, a renovadas visiones de aquellos fragmentos de la historia musical truncos o aún vírgenes.

Para concluir, resta por decir que ojalá la colección "Biografías", de Ediciones de la Universidad Católica de Chile, continúe acogiendo textos de artistas. A fin de cuentas, sus testimonios son patrimonio de todos.

Carmen Peña
Instituto de Música
Pontificia Universidad Católica de Chile